

aplicando por tal manera severísimo correctivo al característico abandono.

Tranquilícense los cervantistas: sabe el mundo á que atenerse, en órden al «Quijote,» y cuando un literato inglés hace una edicion de sus aventuras, para que los tiernos hijos de sus conciudadanos las conozcan y saboreen; y allá en las heladas regiones del Norte, tropieza el viajero español con quien vive entregado á profundizar la sábroza historia; cuando la fama que la acompaña es tal, que si los doctos quilatan en justicia sus méritos, los rústicos la manosean, sintiendo sus primores, y todos hallan en ella ámplios motivos de solaz apacible, bien puede tolerarse que se propalen teorías mas ó menos descabelladas, sin temor de que sufra menoscabo la valía del libro ni el renombre de su inventor egregio.

aplicando por tal manera severísimo correctivo al característico abandono.

Tranquilícense los cervantistas: sabe el mundo á que atenerse, en órden al «Quijote,» y cuando un literato inglés hace una edicion de sus aventuras, para que los tiernos hijos de sus conciudadanos las conozcan y saboreen; y allá en las heladas regiones del Norte, tropieza el viajero español con quien vive entregado á profundizar la sábroza historia; cuando la fama que la acompaña es tal, que si los doctos quilatan en justicia sus méritos, los rústicos la manosean, sintiendo sus primores, y todos hallan en ella ámplios motivos de solaz apacible, bien puede tolerarse que se propalen teorías mas ó menos descabelladas, sin temor de que sufra menoscabo la valía del libro ni el renombre de su inventor egregio.

## LA CABALLERÍA ANDANTE

### D. QUIJOTE.

BIBLIOTECA CENTRAL

LA CABALLERIA ANDANTE Y DON QUIJOTE

Háse dicho que Cervantes quiso no solo derri-  
bar la absurda máquina de los caballerescos li-  
bros, mas tambien zaherir los recuerdos aun vi-  
vos de las costumbres andantescas. Compartimos  
esta opinion y pensamos que no es descamino el  
sustentarla, pues admitido como cierto que seme-  
jantes alardes vigorizaban el deleite producido por  
las obras de gesta, dándose una relacion efectiva  
entre los hechos engendrados en su espíritu y las  
creaciones de la que se podria denominar mitolo-  
gia romántica, parécenos en su punto que Cer-

LA CABALLERIA ANDANTE Y DON QUIJOTE.

Háse dicho que Cervantes quiso no solo derri-  
bar la absurda máquina de los caballerescos li-  
bros, mas tambien zaherir los recuerdos aun vi-  
vos de las costumbres andantescas. Compartimos  
esta opinion y pensamos que no es descamino el  
sustentarla, pues admitido como cierto que seme-  
jantes alardes vigorizaban el deleite producido por  
las obras de gesta, dándose una relacion efectiva  
entre los hechos engendrados en su espíritu y las  
creaciones de la que se podria denominar mitolo-  
gia romántica, parécenos en su punto que Cer-

vantes, vituperando la leyenda inverosímil y dañosa, mirase á destruir de paso lo que en mucho le servia de ocasion y de sustento.

Y se robustece esta doctrina cuando se estudia la época á que corresponde la historia del ingenioso Hidalgo: Turbaba la literatura caballeresca las imaginaciones de grandes y pequeños, producía obras dramáticas, que cual nocivo alimento, se ofrecían cuotidianamente á los públicos de todas categorías, y aun era objeto de veneracion apasionada para autores de nota y repúblicos eminentes. El poeta de su tiempo mas favorecido de los grandes con su proteccion generosa, de la muchedumbre con sus aplausos, Lope de Vega, rompía lanzas en pró de este género literario, sin parar mientes en los fieros daños que acarreaba á las buenas costumbres, ni conceder la debida importancia á los anatemas que contra él se fulminaban.

Afirmó el fénix de los ingenios en una de sus comedias, que el burlarse de las producciones caballerescas, equivalia á declarar que no se habian entendido, toda vez que si la exterior superficie escitaba la risa, penetrando en lo recóndito, se hallaban todas las partes de la filosofía natural, racional y moral; y siguiendo el ejemplo de otros dramaturgos, pedia Lope á sus disparatadas aventuras, motivos de inspiracion, argumentos dramáticos, llevándolos al palco escénico, tras animarlos con su fantasía y su talento.

Tan recio era á fines del siglo xvi el vicio flagelado por Cervantes, que á parte de los libros de caballería dados de nuevo á la estampa ó reimpresos, habia quien recomendaba con todo encarecimiento la prosecucion de las absurdas empresas que formaban el ideal perpétuo de los trashumantes caballeros. «La verdadera caballería, segun su razon cristiana, (escribia un autor contemporáneo) dicen que es, que entendiendo un caballero mozo, libre, rico, que á un príncipe cristiano, un tirano atrevido ó un rebelde desvergonzado, ó un príncipe moro, ó un hereje enemigo de su fé, toman las armas para ocupar y tiranizarle.... el caballero tiene obligacion, digno de tal nombre y profesion, con licencia de su rey, de ponerse en camino y poner su persona en peligro gastando su hacienda por sustentar lo que como bueno heredó de sus pasados y prometió en el bautismo.» (57)

Publicó Cervantes su «Quijote» secundando á su manera en España lo que hicieran Ariosto en Italia y Ravelais en Francia, y cobrando en poco tiempo fama europea: Nobles y plebeyos familiarizáronse con los tipos por él inventados: corrió tambien por el mundo la desmayada imitacion del anónimo tordesillesco; sacaron á las tablas egregios vates la escuálida figura del demacrado y triste caballero, y no obstante que un terrible descrédito habia caido sobre los combatidos libros y un mortal ridículo sobre quien osaba se-

guirlos en sus despropósitos; los «Anales Andaluces, (58) producto de la péñola de Castillo Sorzano, contenian un diálogo donde se leia esta frase: «No es menester saber mas para imitar esas aventuras de Amadis, que aunque libro fabuloso, por lo menos en esto nos dá ejemplo de lo que debemos hacer los que profesamos ser nobles (59).

Dícese que los dos últimos libros de esta clase que en España hubieron de imprimirse fueron la «Crónica del príncipe D. Policisne de Beocia,» año de 1602, y la «Genealogía de la Toledana discreta,» cuya primera parte sacó á luz su autor Eugenio Martinez en 1603, pero en el teatro siguió imperando la fingida turba de adalides, escuderos, damas y doncellas, gracias al acuerdo de los Lope de Vega, Calderon, Matos Fragoso, Moreto, Rojas, Montalvan entre otros, y hasta en tiempos de Carlos II Bances Candamo componía una zarzuela vaciada en el molde de las ridículas hazañas.

Enseña este hecho que no se descuaja fácilmente aquello que con hondas raices en las costumbres vivió lozano por siglos en la cultura de un pueblo. Iglesia y Estado de consuno habian promovido la pasion caballeresca, y la primera fué quien con mayor eficacia autorizó sus dislates, ya armando caballero por mano de sus ministros al novel adalid y bendiciendo sus armas, ora conservando la espada del hidalgo en el te-

soro de las iglesias ó suspendida en la parte mas visible y encumbrada de los templos. Tras los muchos textos históricos que acreditan la parte que á la Iglesia cupo en el fomento de la andante caballería, puede consultarse en cuanto al último extremo lo que dice el Monge de Vigeois. Describiendo el escritor asceta el espolio de los lugares santos llevado á término por Enrique, Rey de Inglaterra, añade: «Loricam quæ in armario servabatur Guidonis di Grandimonti nocte quadam petiit et accepit.» (60)

Habia labrado hondamente el protectorado religioso en la conciencia de las muchedumbres, corroborando los preceptos legales del derecho escrito ó consuetudinario. Conocidos son los juicios llamados de Dios donde la suerte de la justicia ó la causa de la inocencia y de la virtud se fiaban al éxito de un combate personal, y en lo privativo á España, sabido es que Toledo presenció, reinando Alonso IX, un famoso duelo donde hubo de ventilarse cual de las dos liturgias había de prevalecer, si la romana exótica ó la mozárabe castiza.

Siguiendo la legislacion variados rumbos, apadrina, distingue y premia el ejercicio de las armas bajo su relacion individualista, aconsejando la lectura de los escritos que á él se refieren. En las leyes de Partida se dice de los caballeros é hijosdalgos, que así como en tiempo de guerra aprendian hechos de armas presenciándolos ó ejecu-

tándolos por sí mismos, así también, en épocas pacíficas, debían aprenderlos por oída ó por entendimiento, y se recomendaba la lectura de las narraciones fabulosas para que les creciesen los corazones. Aunando por tal modo sus esfuerzos, sacerdotes y legisladores, realzaban prácticas y sentimientos que sin esfuerzo encajaban en aquella edad de hierro y de violencias.

Dilatada la institucion nobiliaria, mediante la concurrencia armónica de diferentes causas etnográficas, sociales y políticas, propágase á su sombra la mania aventurera, llevando á los paladines del amor y del derecho á trasmigrar errantes de zona en zona, buscando entuertos que enderezar, tiranos que reducir, doncellas que socorrer y mal-sines que castigar. Infiltróse tanto la dolencia en el organismo de los Estados, que cuando Cervantes publicaba su invectiva, aun gozaban de prestigio los usos caballerescos, siquiera pugnasen ya con los adelantamientos de la cultura y la relativa suavidad de las costumbres.

Fué la comedia de capa y espada, trasunto exacto de las escenas reales de la vida: las aventuras grotescas, los galanteos amorosos, el puntilloso honor que hallaba agravios, cruelmente vengados, donde un entendimiento esclarecido habria visto solo motivos de desden ó inevitables resultados de la femenina flaqueza; los raptos de las doncellas, el homicidio de los deudos, las empresas temerarias, el obligado recurso del duelo en tran-

ces que pedían la intervencion forzosa del juez sesudo, la exageracion del amor propio y de la personalidad, constituían la atmósfera moral que respiraban los contemporáneos de Cervantes. Ni eran desconocidos los hechos rigurosamente cortados en el patron quijotesco, y habia cundido tanto la pasion por todo lo que á ellos se refería, que se usó en la España del siglo xvii el cubrir los muros de las tascas, bodegones y demás lugares donde se reunían la gente maleante y hampona, con telas donde se figuraban los retratos imaginarios de los héroes de la antigüedad, ó de las fingidas historias caballerescas. Pintáronse estas de antiguo al aguazo ó de otra manera que no era al óleo, sobre sargas; y Pablo de Céspedes escribió que hallándose en Nápoles hubo de ver en el guarda-ropa de un caballero, unas hechas en España, de algun buen oficial, que representaban las hazañas de Amadis con sus nombres escritos en castellano.

Refiere madama Aulnoy cómo en su tiempo era cosa admitida en la Corte Madrid, que cada caballero tuviese una dama á quien cortejar públicamente: estaban tan en boga las bizarras costumbres cuando escribía, que no era raro ver á la tapada hembra pidiendo á un desconocido amparo contra quien intentaba seguirla, cuando sola y á deshora cruzaba solitaria calleja, aconteciendo tal vez que el propio marido detenía al impertinente perseguidor y favorecía los designios de

su adúltera cónyuge al acudir á la cita donde su amante la esperaba. Muchos son los retos, encuentros, duelos y torneos célebres registrados por la crónica durante el siglo xvi y el primer tercio del xvii: prescindiendo del cartel de desafío, que ateniéndose á la antigua usanza, dirigió Francisco I, armado caballero por Bayardo, á Carlos v y del que mas tarde envia el Elector palatino á Turena, así como del bárbaro espectáculo que autorizó Enrique II ante el castillo de San German en Laye, donde dos caballeros de la Corte batallaron hasta sucumbir uno de ellos; recordando, solo de pasada, la muerte del mismo Enrique II á manos de Montgomery en una justa, pensamos que no será inoportuno publicar algunos documentos inéditos que corroboren la doctrina que defendemos.

Casi en las postrimerías de la décima sexta centuria circuló por Aragon un papel de que existe copia en la Biblioteca Nacional; (61) consiste en un cartel de desafío suscrito por los caballeros del Fénix, del Cisne y de la Venganza, guardas perpétuos del sepulcro del amor: dicen estos paladines, que habiendo buscado por «gran parte del mundo» el lugar donde pudieran estar con mas razon, han aportado al reino de España en el cual por experiencia han entendido cuán mal le conservan sus moradores—aluden al sepulcro—y viendo la poca ocasion que para esto tienen los caballeros de él, no embargante la aspereza é ineptitud

que de las damas de esta tierra por todo el mundo se publica, les ha parecido, por la honra del cargo que traen, hacer conocer á los que lo contradigan, cuan mal han guardado las leyes del verdadero amor, y para el efecto, hacen saber: que cuando tomaron el cargo de aquella aventura fué permitido que todos tres la defendieran en cualquier parte, y que así, en cumplimiento de ella, cinco dias despues que S. E. (el virey) hubiese vuelto al punto del emplazamiento de acompañar á la cesárea Magestad la Emperatriz, en la calle del Corso, ante la casa del propio Gobernador, asistirían los dichos en tres puestos, desde la una del mediodia hasta la oscuridad de la noche, armados de infantes.

Designábanse en el mismo papel, como jueces, á D. Martin de Bolea y Castro, y á D. Francisco de Altarriba y Alagon, y firmóle en firmeza de todo lo dicho en Jaca el 23 de Diciembre de 1581, don Hierónimo de Calcena, añadiéndose que el original se hallaba en poder del capitán de la guardia del virey.

Por aquella misma época, años antes ó despues, verificóse otro emplazamiento, cuyo cartel dice así: (62)

«El Vicentino Caballero de Placencia de la Compañía del Duque de Parma dice: que habiendo llegado á la ciudad de Zaragoza, tan afamada por su nobleza y antigüedad cuanto por la hermosura y belleza de las damas de su famosa ri-

vera, entendió como á las orillas del sagrado Ebro, junto á las ruinas de la antigua y nombrada Julia Celssa, se celebraban las bodas de una de las «pastoras mas hermosas» y «gallardas,» que, desde el Pó hasta el Tajo formó naturaleza, y como su oficio sea emplearse en actos de caballería, y por esta causa haya salido á la jornada de Argel, de cuya empresa el tiempo fué verdugo, codicioso de que su nombre quede estampado en los fastos de la sagrada campaña de Visilla, sá determinado llegar á mostrar el valor de su persona con todos los caballeros que no le concediesen que es la «dama que trae estampada en su corazon la mas hermosa del mundo; y, él mas dichoso y afortunado que pueda haber, y reto á tres lanzas de sortija en la plaza de la Villa de Xelsa, hoy que se cuenta cinco del mes de Octubre, desde dos horas despues del mediodia hasta puesto el sol. . . . .

Jueces: D. Jorge Fernandez de Heredia. Don Martin de Bolea.

Dado en las tiendas de Julio César, primer fundador de este florido suelo:—Yo D. Jorge de Villalpando, soy fiador.»

Podríamos ofrecer otros documentos no menos curiosos, para demostrar que imaginando Cervantes su novela tenia presentes sucesos reales de la época en que vivía; mas con el temor de aparecer difusos, hemos de limitarnos á reproducir un impreso del final del siglo XVI y algunas

otras noticias cuyo conocimiento agradecerán cuantos deseen conocer los verdaderos antecedentes del libro cervantesco. Dice así el impreso:

LA NIGROMANTE DESCONOCIDA.

Porque hace muchos días que los guardas del interesado amor andan buscando su libertad, y conforme á las condiciones de su cárcel, no queda remedio ni esperanza si en ese reino no queda libre, viendo los inconvenientes que de aquí se podrian seguir, y teniendo por cierto que la vergüenza pasada servirá de remedio para adelante, me ha parecido que será bien dar fin á su prision alegrando el siglo con su libertad: y así vá ese mio, y lleva orden á mis guardas que el dia de la Ascension ó el siguiente, el mejor puesto fuese en la Villa, y mejor pusiese la lanza en ristre y llevase mejores lanzas y mejor señalare y mas lanzas rompiese como lo ordena la cofradía del Señor San Jorge: lleva para el que mejor corriese los lauros de las damas, un arco de plata, y para el mas galan las flechas de Cupido: En mi desconocido albergue.—2 Mayo—1587.

Recuerda, de seguro el autor, el famoso pasaje del «Quijote» donde se habla de las letras y de las armas. Ahora bien: en una carta suscrita por el doctor F. Martinez, datada en Zaragoza el 29 de Setiembre de 1599, se describen las fiestas celebradas en aquella ciudad con ocasion de la veni-